

VI

LOS ENEMIGOS DE DON QUIJOTE

Don Quijote tiene que luchar con dos clases de enemigos: El error de los hombres y la realidad de nuestro mundo. Mejor dicho, sus únicos enemigos son los hombres, pues éstos son también los que dan fuerza a esa realidad hostil. La diferencia entre las dos clases de enemigos consiste en que unos, los primeros, se proponen matar a don Quijote, esto es, suprimir su locura; y los segundos, luchan contra don Quijote con la inconsciencia con que matamos a una mosca, sin interrumpir nuestra labor, extendiendo la mano sin darnos cuenta de ello. A la primera clase pertenecen el Barbero, el Cura y Sansón Carrasco. A la segunda, todos los que contribuyen a que la realidad de nuestro mundo sea hostil a don Quijote. Sancho Panza es incatalogable. Tan pronto pertenece a la primera clase como a la segunda, pero siempre a alguna de ellas.

El Cura y el Barbero pretenden disuadir a don Quijote de que todos sus actos son otras tantas locuras, y le incitan a que abandone la caballería andante. Y este par de hombres cuerdos y mediocres ensayan toda clase de artimañas para hacer que don Quijote vuelva a la vida vulgar y aburrida de los hidalgos: Desde la destrucción de sus libros hasta enviarlo a la aldea encerrado en un carro de bueyes. Son todos medios pueriles, que no podían dar sino resultados momentáneos. Y no es que don Quijote sea inmortal —en el sentido físico de la palabra—, no, pero sí requiere para su destrucción armas poderosas.

Estos individuos creen hacerle un bien a don Quijote devolviéndole su juicio, no el juicio de don Quijote, no, pues éste ya lo tiene, sino el suyo, el de ellos. ¡Qué mediocridad la escena de la destrucción de los libros! ¡Qué solemnemente absurda la fingida historia de la Princesa Micomicona! ¡Qué grosera la caminata en el carro de bueyes! Estos pobres tontos perseguían una finalidad ingenua. Creían de buena fe que don Quijote podría sanar de su locura, sin saber que esto representaba para don Quijote nada menos que la muerte. La enfermedad mortal para don Quijote —al fin y al cabo hombre genuinamente quijotesco— sería el dejar de ser loco.

Sancho es un enemigo perenne de don Quijote. No por hombre inútil menos peligroso. Es Sancho quien ata las patas de Rocinante por miedo a la aventura de los batanes, y atribuye a «encantamiento» los resultados de su acción. Es Sancho quien alguna vez reniega de la caballería y de la escudería, y así lo manifiesta a su amo, pintando de paso lo agradable de la paz y lo hermoso de la quieta vida aldeana. Es Sancho quien hace que don Quijote vea al Gran Espíritu en una figura tosca y repugnante. Creo que esta acción de Sancho es una de las batallas más decisivas que se libraron contra la locura de don Quijote. Es Sancho quien por no confesar su negligencia hace tambalear a su amo con unos requesones. Es Sancho quien innumerables veces pone a don Quijote al borde de la muerte. Y Sancho, sin embargo, es el que más se interesa en que la locura de don Quijote siga su camino. Por este camino espera él la llegada de una Ínsula, y no vacilará en meter a su amo en la lucha con los vestiglos, gigantes y malandrines, sabiendo como sabe que por aquí podría llegar su felicidad insularia. Por eso, todas las luchas de Sancho contra don Quijote son inconscientes; no las guía el deseo de volverlo cuerdo —aunque bien sabe que está loco—, sino el de librar su propia persona de algún enredo o de algún peligro. Aquí se pone

de manifiesto la maldad de Sancho, que no se sacrifica lo más mínimo por don Quijote, y que lo ama cuando este amor resulta compatible con sus propios intereses. Pero Sancho es ruin y cobarde, pudiendo su cobardía más que sus deseos de gobernar una Ínsula. Son muchas las veces que se tiende a la bartola, y en presencia de un peligro o ante la perspectiva de unos azotes, renuncia a sus anhelos insularios y demás mercedes propias de los escuderos famosos. Es que si conservara siempre sana su inquietud por la obtención de una Ínsula, Sancho lograría hacerse algo interesante. Casi una figura percibible.

Pero no olvidemos que Sancho espera conseguir por el esfuerzo de los otros, y que es Sancho aquel individuo que, oyendo a don Quijote enaltecer la profesión de los caballeros andantes, se mostró muy conforme con su situación actual de villano, y que le pareció de perlas la circunstancia de que por no ser armado caballero, nunca debía ayudar a don Quijote, ni aun en los lances de mayor peligro, pues otra cosa sería contravenir las leyes de la orden.

Don Quijote opone a las razones persuasivas del Cura y del Barbero la más rotunda negativa, y a los viajes en el carro de bueyes y a las mentecateces Panzunas les atribuye un origen «por vía de encantamiento», desconcertando así a sus «salvadores» y haciendo más patente su locura quijotesca. Y aquí viene la paradoja: El Cura y el Barbero con sus artimañas consiguen arraigar más en don Quijote su locura, pues le ofrecen medios para que ésta se manifieste más intensa.

* * *

Don Quijote es una continua quimera en nuestro mundo real. Sabemos, a pesar de ello, que una gran intimidad le ofrece sobradas posibilidades para forjarse un ancho ámbito donde la quimera o la fantasía no existen. Él penetró en nosotros, esto es, salió de sí mismo, pero conservando íntegra la propia significación. Aceptamos la idea de que las inquietudes internas del individuo lleguen a adquirir la máxima heterogeneidad de matices, constituyendo los que logran dar a esas inquietudes relieves supremos sendos microcosmos, de muy diversa y compleja variación de situaciones. Creemos de verdadera importancia y de consecución difícil el vivir dentro de los demás sin abandonar antes nuestras convicciones más genuinas. Y vivir dentro de los demás significa apoderarse de éstos, conquistarlos e imponerles una ruta, ya paseada por nosotros con una pureza y una nitidez cristalinas. Me parece que el hombre ha fracasado en sus anhelos de perforar individuos, adueñándose de sus cauces idealistas y señalándoles normas a seguir. Para formar rebaños de multitudes es imprescindible —esto lo han visto y *sentido* muchos organizadores— abandonar la propia personalidad y adaptarla a las exigencias más imperiosas o a las pasiones más significadas de esa multitud. Y es que la concepción anímica de un individuo —máxime si éste es un gran individuo— no se puede transmitir íntegra y pura a una conciencia extraña. Sale de aquí el alma colectiva, conglomerado de los matices análogos que existen en una diversidad de almas, con pretensiones de algo fuerte y compacto, que es más bien clamoreo tábido e infecundo. Y esto, y nada más que esto, es el socialismo en su esencia. En los siglos —siglos de prueba para la humanidad, donde aún nada ha florecido— pasados pueden advertirse algunos esfuerzos de otros tantos grandes hombres por transmitir a los demás convicciones más íntimas, y el fracaso, o la claudicación en sus afanes, es lo único que nos queda de su actuación estéril. Nadie como el

orador puede darnos un reflejo de esto que decimos: He aquí el hombre, cuyos triunfos más resonantes son aquellos en que logra recoger con maniobra habilísima los deseos del auditorio, dando a estos deseos una forma tangible, que muestra a los oyentes como constituyendo ya una personalidad definida que él logró engarzar con supremo arte. Y la multitud, que ha oído el discurso estática y anhelosa, rompe en aplausos, aplausos que ella prodiga al orador, pero que un espectador profundo sabe dedicados a sí misma. La multitud que aplaude, se aplaude a sí misma, pues las ideas celebradas no son otras que sus mismas ideas. Y esto ha sucedido a lo largo de todos los siglos, comprendiendo épocas en que la masa estaba muy pocos grados por cima de la irracionalidad. En medio de sus aparentes triunfos, nunca el *hombre* ha triunfado sobre la plebe intelectual (1). ¿Qué sucederá hoy en que esparcidos por todas las escalas viven gran número de gentes poseedoras de fuertes intimidades, o en que la masa no es aquella masa de hace siglos? ¿Y qué significa ese socialismo, decadente antes de nacer, con sus pretensiones absurdas de desvalorización de los grandes focos individuales? Yo no veo en todo esto más que una marcadísima y clara evolución a la libertad individual, cristalizándose las relaciones sociales en un puro gobierno democrático, constituido con pequeñas personalidades, más bien encargadas de formar, a la luz del día y sin miras a la originalidad, las leyes que reclama el bien colectivo de los individuos. Tendrá entonces la ciencia política esa mínima importancia que debe tener, y se despojará al hombre político de una carga con la que a todas horas vemos que no puede dar un paso. Son inmensas y muy variadas las preocupaciones de la humanidad para que la ciencia política —que no es ciencia ni es nada— absorba grandes hombres. El que un grande hombre se dedique por entero a la política me recuerda a mí, por múltiples analogías, el caso del que por salvar a un hombre mata a cuatro o seis. Porque aquí la preferencia es sensiblería, y ésta no cabe en los grandes hombres. Yo no sé si debemos o no deplorar esa impotencia del individuo para adueñarse de sus semejantes, para vivir en los demás con la misma desenvoltura que dentro de sí, aunque me parece que no es cuestión a la que debamos conceder muchas meditaciones. La corriente egocéntrica que deseamos para nosotros es posible que la deseemos también para los demás, y esto contrarresta las posibles ansias de imperialismo. Yo trato de reaccionar frente a la idea de que las dictaduras no son deseables, no por su esencia, sino porque requieren un hombre, y ese hombre no puede existir. ¿No puede o no debe? Es posible que algunos lectores no hayan comprendido todavía lo que pretendo con estas reflexiones. Es posible también que otros lectores sí hayan seguido con la vista la recta dirección de la flecha. Don Quijote, con su poderosísima fuerza de hombre único, poseedor de grandes recursos personales, fracasó rotundamente en su viaje por la vida. Y es que don Quijote se propuso vivir en los demás, sin renunciar a un solo atributo de quijotismo, tal y como era en su mundo íntimo. El fracaso de don Quijote significa la pérdida de la batalla del hombre contra el hombre, y es como una invitación a disolver los rebaños, una vez probado que la formación de éstos requiere en los directores una previa renuncia de su carácter. Y es ahora, en el siglo XX, en el siglo en que bulle una juventud anhelosa de grandezas, cuando se proclama el fracaso de don Quijote y se le considera como una liberación de males seculares. Declaramos hoy, con valiente algazara, que cualquiera que se proponga vivir en nosotros, apoderarse de nosotros, hará solemnemente el ridículo. Y esto, que las decrepitas y viejas organizaciones considerarán como un vuelo por atmósferas prohibidas, es para nosotros el primer artículo de fe, la fórmula primaria sin cuya adopción es imposible penetrar «en lo nuevo».

Está clarísimo, y a la vista del más ciego, que se camina con pasos de gigante al reconocimiento del hombre como la suprema categoría entre los valores percibibles, y que de esa revisión se salvarán únicamente los que posean algo propio, aquellos que supieron guardar para sí mismos las creaciones mejores como alimentos de una personalidad grande. Ya se ha dicho en Alemania que de este caos de decadencias lograrán salvarse las individualidades puras, aquellas que nada deban a nadie. Y no hayan respirado, por lo tanto, las atmósferas decadentes.

Repito que será en el siglo XX cuando el fracaso de don Quijote se considere como el primer triunfo de los nuevos ideales.

Nota

(1) Don Quijote dijo al caballero del Verde Gabán: «Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número del vulgo».

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_010